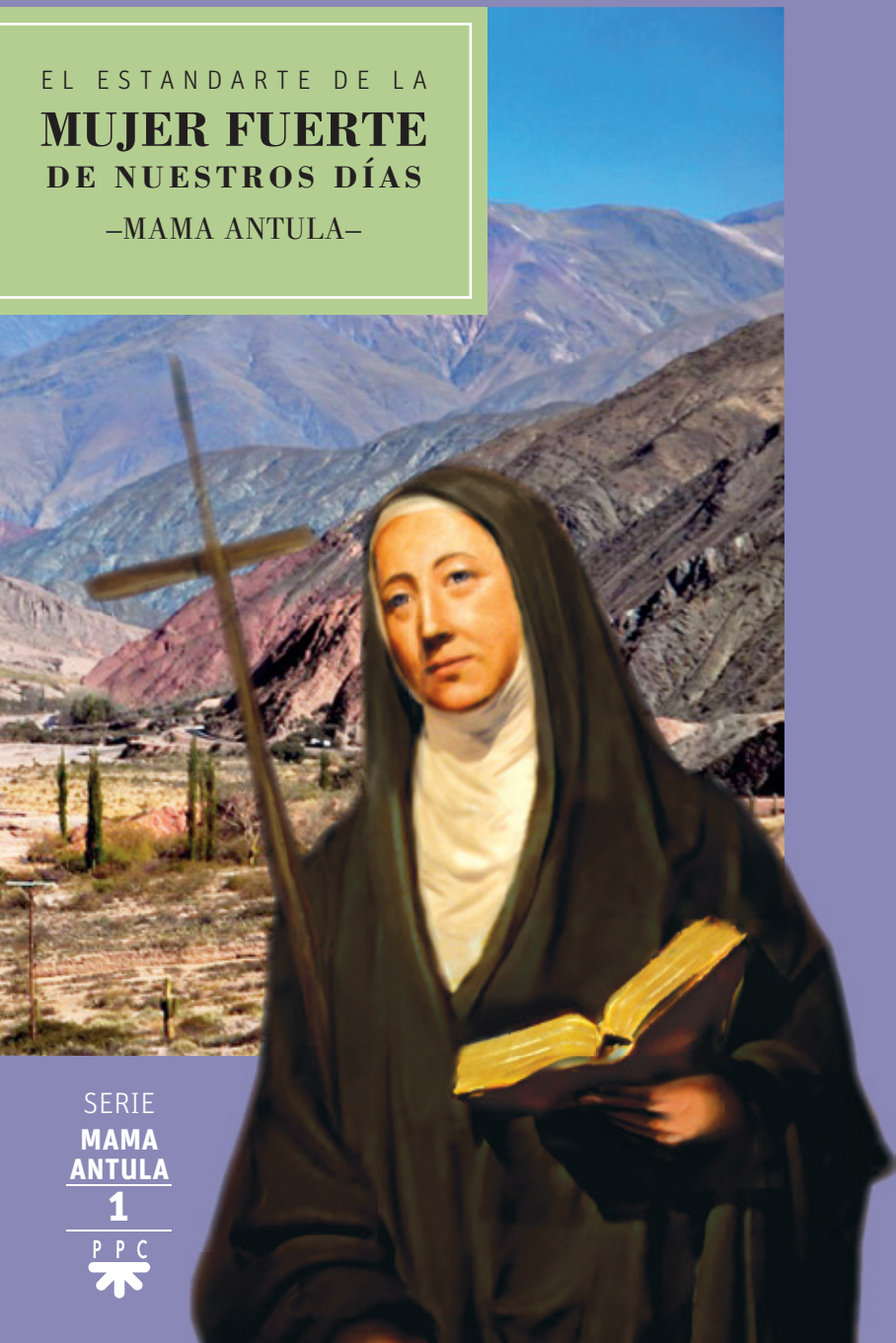


EL ESTANDARTE DE LA
MUJER FUERTE
DE NUESTROS DÍAS

—MAMA ANTULA—



SERIE
**MAMA
ANTULA**

1

P P C


El estandarte de la mujer fuerte de nuestros días - 1ª edición especial
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PPC Cono Sur, 2016.
32 p: 12 x 19 cm.

Edición para Sociedad Hijas del Divino Salvador
ISBN 978-987-740-163-9

1. Religión. I. Título.
CDD 230

Título: El estandarte de la mujer fuerte de nuestros días
ISBN: 978-987-740-163-9

© 2016, Sociedad Hijas del Divino Salvador
© 2016, PPC Argentina S.A.

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, 2º piso
C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires | República Argentina
t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429
www.ppc-editorial.com.ar
e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Primera edición: junio de 2016

Esta tirada de 1000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de junio de 2016 en FP Compañía Impresora S.A. - Beruti 1560 - Florida (1602) - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*
Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

Más información de Sociedad Hijas del Divino Salvador:

www.mariaantoniasanjose.com.ar

Tel.: 011 4304-0984

mail: sohijasdeldivinosalvador@gmail.com

EL ESTANDARTE DE LA MUJER FUERTE DE NUESTROS DÍAS

El padre **Watrigant** sj, director de la Biblioteca de Ejercicios, en dos cartas escritas al padre **Grenón**, sj, desde Enghien (Bélgica), dice que el opúsculo *El estandarte de la mujer fuerte* fue traducido al francés por el venerable **Receveur**, fundador de una congregación de religiosos del Retiro y de otra congregación de religiosas del Retiro.

Dicho venerable Receveur lo tradujo de otro escrito en alemán intitulado *Der Christliche seeleneiser, eines americanischen Franzismer*, la cual traducción alemana es versión del opúsculo italiano intitulado *Il santo zelo d´una americana. Al sesso divoto di Europa*.

La presente es versión castellana del opúsculo francés *L'Etendart de la femme forte* (publicado en 1791), traducido por el Dr. **Honorio Martel** y publicado en Buenos Aires en 1899.

Como se verá, esta relación se compone de fragmentos de cartas, las cuales al pasar del castellano al francés y ahora del francés al castellano, van con redacción algo diferente al de su primer original y con un lamentable recargo de galicismos.

Cuando sobrevino el gran escándalo del anticristianismo de los tres últimos siglos, empezó por la emulación de los monjes y se consumó en nuestros días por una envidiosa cábala de malos sacerdotes. Dios había suscitado a su servidor Ignacio: *Jurabit Dominus et non poenitebit eum* [Lo juró el Señor y no se arrepintió]. Después de tal juramento y de reiteradas promesas, podía razonablemente preguntarse el porqué del nacimiento de san Ignacio y de Lutero, descubriéndonos Dios las dos Indias. ¿Por qué en este tiempo los negros ya más humanos, más fieles que nosotros, por un comercio infame han sido transferidos a la América? ¿Por qué vemos a los señores feudales rusos, mejor civilizados que lo somos nosotros, darnos hoy la lección e imponernos la ley? ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¡Oh Dios mío, cuán insondables son vuestros decretos y cómo, por mil acontecimientos preparados por vuestra sabia providencia, anuncias vuestra gloria!

El estandarte de esta orden eterna es rechazado a un pequeño rincón del norte de Europa, *posuit tenebras latibulum suum* [de las tinieblas hizo un pabellón], pero él, se encuentra felizmente defendido por una mujer ilustre que le hará reaparecer con mayor esplendor del norte al mediodía del Nuevo Mundo. Yo no trato de detallar lo que se ha hecho al norte de Europa, ni los progresos rápidos, sorprendentes que hace nuestra santa religión en la América Septentrional bajo el estandarte de san Ignacio; baste decir que su primer obispo, su primer seminario y el primer convento que han aparecido en el transcurso de un año, son objetos dignos de nuestra admiración. Me lamento, pues

aquí, a hablar de la grande maravilla de nuestros días, de esa mujer fuerte que con el estandarte de san Ignacio ha subyugado y asegurado a su legítimo soberano una gran parte de la América Meridional. Yo no diré nada que no esté conocido en Roma. Es de las cartas de esta heroína escritas a los jesuitas desterrados en Italia y de otras que yo he extraído, todo lo que voy a relacionar y si se duda, estoy pronto a ponerlas a la luz, tales como han sido escritas.

María Antonia de San José es su nombre. Nació en Santiago del Estero, ciudad de la América Meridional, una de las más considerables del Tucumán y de una de sus principales familias. Ella vivía en una comunidad de jóvenes que no tenían instituto fijo. Sin votos, sin clausuras, servían a Dios con la más edificante regularidad, en la práctica de todas las virtudes cristianas, bajo la dirección espiritual de los padres de la Compañía de Jesús. Para evitar todo pretexto de distinciones mundanas, ellas renunciaban a su nombre de familia y tomaban el de algún santo. Es por esto que se ignora el que correspondía a María Antonia.

Habiendo sido desterrados los jesuitas de los Estados del rey de España en América, María Antonia se afligió extremadamente por cuanto veía privada a la religión de los grandes servicios que ellos le prestaban. Lo que preocupaba más su ánimo era la discontinuidad de los ejercicios espirituales de san Ignacio, que habían hecho tanto bien y que no se habían suplido; algunos sacerdotes habían querido renovarlos en 1770 y lo habían ensayado durante cinco años, pero sin ningún éxito. Se decía entonces que se tenía lo bastante y que se estaba harto; esto causó bien

pronto una relajación por toda la América Meridional. Ella sintió entonces, un deseo ardiente de reparar esta pérdida de una manera o de otra, que de pronto no puede determinar, pero ofrece generosamente su concurso en cuanto esté en su poder.

Como su deseo no procede de otro motivo que el de la salud de las almas y aumento de la religión, no duda que su pensamiento procede de Dios, lo comunica a su confesor que le aprueba y la recomienda al obispo, que lo consiente como igualmente al magistrado de la ciudad.

María Antonia tenía entonces 33 años. Ella vistió hacia el año 1775 un traje de jesuita, con una capa que le había dejado uno de los misioneros desterrados. Con una cruz en la mano exhorta a la penitencia, eligiendo por superiora de su misión a Nuestra Señora de los Dolores¹ y a san Estanislao de Kotska por patrón².

Todo marchaba según sus deseos. El primer retiro se dio en una casa particular muy cómoda; pero poco después fue considerada estrecha, obteniendo entonces el permiso de hacer dar los ejercicios espirituales en el colegio mismo que fue de los jesuitas. Este se encontraba vacío, todos sus muebles habían sido vendidos. Uno de los primeros eclesiásticos que ella comprometió a darlos fue el padre **Diego**

¹ Imagen que llevó consigo y que perteneció a la Compañía de Jesús.

² Nació en el año de 1550, emprendió una caminata de 500 kilómetros para cumplir con su objetivo yendo primero a Alemania, donde fue recibido por el jesuita san Pedro Canisio, y luego, hasta Roma, donde el superior general san Francisco de Borja lo recibió con especial afecto. Fue admitido en el noviciado, donde pasó solo nueve meses. Su amor a Jesús Sacramentado lo distinguía. El 15 de agosto de 1568, cuando solo tenía 18 años, falleció. El santo padre lo canonizó y lo declaró patrono de los novicios y de los que se preparan al sacerdocio.

Toro, exprovincial de la orden de la Merced, y otros sacerdotes para las demás funciones. De esta manera, apercibiose bien pronto el gran provecho que resultaba a las almas, tanto en la ciudad como en los pueblos de los alrededores, lo que la hizo tomar la resolución de extender estos ejercicios y sus trabajos por todo el virreinato.

Ella va a Jujuy, ciudad distante doscientas millas de Santiago, para tratar con el obispo de esta diócesis y obtener su permiso. De allí va cuarenta millas más lejos, a Salta, donde reside el gobernador. El uno y el otro encuentran ridículo y extravagante su pedido. Sin embargo, el obispo, habiendo examinado más maduramente su espíritu y la manera con la cual conduce su empresa, después de diversas pruebas, le acuerda, como igualmente el gobernador, la aprobación y permiso necesario, expidiéndole cartas de recomendación para los vicarios y oficiales subalternos de las ciudades y distritos de su jurisdicción, por los cuales ella se proponía pasar, ordenándoles asistirle en su empresa con cuanto estuviera en su poder.

No obstante estas recomendaciones, ella experimentó más que nunca toda clase de contradicciones, pues fue tratada de ebria, loca, fanática y hasta de bruja; a otros causó suma sorpresa ver aparecer de pronto a una mujer, hasta entonces desconocida, sin ciencia, y aún a lo que parecía, sin capacidad, y que se mostraba bajo estas apariencias.

Después del destierro de los jesuitas de América, los católicos que les eran afectos, estupefactos, no habían osado declararse en su favor, estaban como los discípulos a la muerte de Jesucristo: dispersos, y nada les parecía más ex-

traño que ver a María Antonia exhortarles a hacer los ejercicios espirituales de san Ignacio, cuya idea estaba casi olvidada. Pero Diego Toro, que la acompañaba, les citó, como san Pedro en su primer sermón, la profecía de Joel: *Et erit in novissimis diebus, dicit Dominus: effundam spiritum meum super omnem carnem et prophetabunt filii vestri, et filiae vestrae, senes vestri sommia sommiabunt, et juvenes vestri visiones videbunt.* [Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán].

Entonces, prestándole atención, se cambió de parecer y bien pronto se pasó del desprecio a la admiración, se creyó ver reaparecer el espíritu de san Ignacio y allí donde antes se la había rechazado, encuéntrase que había algo del celo del jesuita en lo que María Antonia emprende. Llegan a asegurar que era un jesuita disfrazado. Esta idea, que la ignorancia engendra, se propaga durante algún tiempo, pero María Antonia, con su confianza en Dios, su constancia y su fuerza sobrenatural, triunfa, en fin, del respeto humano y continúa promoviendo los ejercicios en toda la vasta provincia de Tucumán, San Miguel (hoy ciudad de Tucumán), San Fernando de Catamarca, Córdoba, etc.

Desde 1775 hasta 1779, recorrió las ciudades, aldeas y desiertos con los pies descalzos: *Ut gigas ad currendam viam* [como un gigante que recorre su camino]. Su espíritu, verdaderamente gigantesco, habría querido extender su

carrera a todos los países para extender la gloria de Dios y atender a la salud del prójimo. Tan pronto deseaba llevar sus conquistas hasta el Cabo de Hornos que escribía que estaba preparada para ir a Flandes u otras partes, si así era la voluntad de Dios. Andaba constantemente acompañada por dos mujeres indígenas y algunas veces por señoras que querían seguirla; una de estas no la dejó jamás, a pesar de la repugnancia que tenía María Antonia de tenerla como compañera por causa de su excesiva belleza.

En fin, el gran teatro de sus trabajos se fijó en Buenos Aires, donde se presentó al obispo en 1779, siendo al pronto rechazada. Ella no se acobardó y durante más de nueve meses, de tiempo en tiempo, vuelve a la carga. La misma cosa le sucede respecto del virrey; pero insistió con tanta modestia, humildad y constancia, que se vio obligado a acceder su pedido, determinándole a esto el que un día María Antonia se le presentó con ese aire de franqueza tan natural a los santos que defienden la causa de Dios, le representa con energía el gran perjuicio que está causando a los pueblos con su inmotivada negativa; y contra su costumbre se retira en el acto de su presencia. Pero las palabras de esta mujer le quedan fijas en su mente y por una fuerza sobrenatural le causan tal impresión, que aún cuando hasta entonces se había rehusado dar su consentimiento a la empresa, a su parecer jesuítica, despreciando todo respeto humano, acuerda todo lo que se ha pedido.

Acontece poco después, que aquel que le había despreciado más, insultado y ridiculizado y cuyo nombre se silenció, cayó en la desgracia y fue desterrado a Filipinas a pesar de su nobleza y del rango que tenía en el gobierno.

El obispo la había dado su consentimiento y su bendición.

María Antonia, aún cuando carecía de dinero, alquiló de pronto una casa de las más espaciosas de la ciudad por 55 coronas por mes y la proveyó de todos los muebles necesarios, como igualmente de capilla y empezó a dar retiros (o sea, datas) separadamente de ejercicios, unas veces a hombres y otras a mujeres, llegando su número hasta el de doscientas, trescientas y cuatrocientas personas. No se apercibe ningún síntoma de aflojamiento, como acontece frecuentemente en tales empresas, donde se trata solo de la obra de Dios. Aquí aumentan siempre y su éxito es completo, llegando a extenderse algunas datas hasta quinientas personas incluyendo los sirvientes. Los corredores y hasta los patios se llenan de camas. Las damas de la alta sociedad y más delicadas, se mezclaban con las indígenas, negras y mulatas, de la más baja condición, teniendo por lecho algunas una dura tarima.

“Los sacerdotes –escribe la madre María Antonia– los hacen con la más santa emulación y cuando salen me parecen haberse convertido en jesuitas.”

El obispo prescribió la obligación de hacer los santos ejercicios como preparación a los que aspiraban a recibir las órdenes sagradas.

Desde este tiempo se establecen congregaciones que no existían, sobre todo la de la Buena Muerte.

El buen efecto que producen los ejercicios espirituales, traen una reforma gradual y general en las costumbres de esta ciudad, una de las más importantes. Después del des-

tierro de los jesuitas, el teatro y todos los placeres mundanos habían tomado el lugar de los retiros. Pero bien pronto un cambio en el modo de sentir, hizo ver los espectáculos abandonados, el lujo desaparecido y la nueva Babilonia convertida en penitente Nínive.

Lo que contribuyó más a este cambio fue la llegada del virrey del Perú, don Manuel Queirós, y de su esposa. Estos dos grandes personajes, entonces en desgracia, volvían de Lima a Madrid. Su historia y la de los monasterios de Roma y de Madrid, etc., tienen más de un punto de relación con los asuntos de la Compañía de Jesús que lo que se piensa. Sobre este punto escribía el cura de Buenos Aires:

“Usted y los otros nuestros conciudadanos desterrados, guardáis siempre silencio; pero permitidme decir que sabemos más de lo que suponéis. *Nihil est occultum quod non revelabibur*. Nosotros conocemos los artificios de que se ha valido para calumniaros. No digo más por el momento.”

Indudablemente, todo se aclarará en el gran día en que los jesuitas vuelvan a ser restablecidos. Se verá entonces hasta qué punto el partido antijesuítico había hecho servir falsas noticias como pretexto para calumniarlos y medio de destruirlos. ¡Ay de mí! Ellos tenían al Perú del cielo y nosotros sufrimos su pérdida; el rey de España, en particular, aseguraba el suyo en la conciencia de sus gobernantes, guiados por estos mismos misioneros, enviados inmediatos del vicario de Jesucristo, del cual me atrevo a decir que eran sus ministros favoritos.

El virrey y su esposa atestiguaron su grandísima estimación por doña María Antonia y quisieron hacer un retiro en su casa, lo que ejecutaron con la más grande edificación y aplauso universal.

Tuvieron frecuentes conferencias con ella.

Sumergidos como estaban al llegar, en la más profunda aflicción, no encontraron ningún consuelo en las demostraciones públicas de respeto que se les hacía. Ellos no encontraron descanso sino en las conversaciones con que les consolaba María Antonia y les llevaba a resignarse con la voluntad de Dios. Ella fue su oráculo, y cuando se embarcaron para España, la pidieron de rodillas su bendición y recomendáronse a sus oraciones. Después de una feliz travesía y de un éxito favorable en su negocio, contra lo que esperaban, fueron bien recibidos en la corte, lo que parecía habérselo predicho María Antonia, cuando les impulsaba el esperar y poner toda su confianza en Dios.

El orden que María Antonia siguió en sus retiros es el mismo que seguían antes los misioneros de la Compañía. Ella sabe que todo depende del buen espíritu del que les da, que es una gracia particular que Dios acordó a san Ignacio. Es por esto que ella no emplea sino sacerdotes en los que reconoce existe el verdadero espíritu de este gran santo y sobre lo cual el Señor le ha dado el don de un discernimiento admirable.

Durante ocho o diez días de ejercicios, estaba prohibida toda comunicación de fuera y de dentro, se hacía observar gran silencio. Al fin de cada retiro, los ejercitantes van juntos en dos filas a la parroquia, donde se expone el San-

tísimo Sacramento; recorren muchas calles de la ciudad, acompañados por sacerdotes y cantando las letanías de la Santísima Virgen y otras oraciones. Así, con la más grande devoción, en medio de un concurso de pueblo que no disminuye nunca y siempre enternecido e impresionado, los ejercitantes van a rendir gracias al Padre de las Misericordias. Este espectáculo edificante atrae sucesivamente a otros a las datas, de suerte que van en aumento y se hacen espléndidas conversiones. Acontece muchas veces que los pecadores más escandalosos e inveterados concluyen sus días con una muerte preciosa a los ojos de Dios y de los hombres, probando así la bondad de los retiros.

En todo este trabajo María Antonia no ejecuta sino lo que le es permitido a una mujer hacer: ella no enseña ni predica y no tiene ninguna dirección inmediata de almas, pero en toda ocasión, ella exhorta sin cesar a los ejercitantes a la penitencia, a llenar sus obligaciones, a confesarse y corregirse en sus faltas; se impone la tarea de hacerlos instruir en los puntos esenciales de su religión si los ignoran; vela sobre los maestros y maestras a quienes encarga esta instrucción. Ella emplea, sobre todo, sus cuidados y todos los medios posibles para conservar la inocencia de la juventud; es el objeto favorito de su celo, de su espíritu y de su discernimiento.

Parece que este don le ha sido dado por el cielo en grado eminente, se la viene a consultar por cosas íntimas de todas partes, y aun cuando habla poco, sin elocuencia ni corrección, pocas palabras bastan, ellas están preparadas por la reflexión, llegan al corazón más bien que al oído y

son siempre adaptables al objeto y dejan una fuerte impresión, siendo raro no produzcan otros buenos efectos. Ignora el menor artificio, le es desconocida la intriga; un amable candor la hace usar igual afabilidad para con todos, sin acepción de personas, distinguiéndola en toda su conducta la simplicidad de la paloma, unida a la prudencia. Todo lo que sirve a su persona y manera de vivir parece más bien despreciable, si no es que fuera realzado por su celestial modestia y de manera tan agradable que gana los corazones al servicio de Dios.

He aquí lo que escribe la R. M. del convento de Santa Catalina en Buenos Aires:

“Esta admirable hija, a lo que me parece, tiene el corazón de cada uno a su disposición; ella hace lo que quiere para el bien de las almas. Creo que este don particular de ganar así los corazones, proviene en alguna manera del hábito de san Ignacio, porque, en fin, el mundo es siempre el mismo. No son sino los enemigos de los jesuitas los que no estiman particularmente a aquellos o aquellas, en las cuales observan alguna semejanza con ellos y que practican lo que han visto hacer.”

Nuestra apostólica María Antonia, dice otro, hace aquí lo que hacía la Compañía, pues lleva en su corazón el extracto de su espíritu en toda su extensión y cumple como ella toda la justicia.

P. E.: “Se ve todos los años aumentar las comuniones pascales y en cuanto a la frecuente comunión, ella no descuida nada para empeñar a los ejercitantes.”

Voy a transcribir la solicitud que presentó con este motivo al obispo de Buenos Aires, con todo lo que siguió:

“María Antonia de San José, vuestra humildísima sierva, hace presente con el más profundo respeto que, anhelando por medio de los ejercicios espirituales de san Ignacio, trabajar a la mayor gloria de Dios y salud de las almas, y estimando conveniente a este fin, suplicar que nuestro santísimo padre, el Papa, se sirva acordarnos algunas gracias espirituales que coadyuven a nuestros débiles esfuerzos; vengo a suplicar a vuestra ilustrísima con toda sumisión, el apoyar por gracia nuestra solicitud, atestiguando el bien que han producido hasta el presente estos ejercicios, y de qué manera han agradado a Dios bendecir los trabajos de la mínima y más indigna de sus siervas.

Dignaos al mismo tiempo expresar los métodos observados hasta el presente, para llevar las almas a la salud y a la perfección y dar tales informes según la verdad, sobre cada artículo relativo al mayor bien de las almas y a la mayor gloria de Dios.”

